

ACERCA DE LOS TIEMPOS PRESENTE PASADO Y FUTURO*

Por HONORIO DELGADO

RESUMEN

El autor reproduce sus consideraciones sobre el tema del presente, pasado y futuro, y trata extensamente las definiciones y las características psicológicas de estos momentos de la experiencia humana.

SUMMARY

The author describes his observations on the themes of present, past and future, and deals with the definitions and psychological characteristics of these particular moments of human experience.

PALABRAS-CLAVE: Tiempo psíquico, experiencia del tiempo, tiempo presente, tiempo pasado, tiempo futuro.

KEY WORDS: Psychological time, experience of time, present time, past time, future time.

Con especial complacencia colaboro en el libro jubilar en honor del Profesor Mario Gozzano, mi ilustre y admirado amigo. Tratándose de la celebración de una etapa de su fecunda y ejemplar vida, me parece tema apropiado el relativo a los momentos de la experiencia humana, a cuyo fin reproduzco mis consideraciones sobre el presente, pasado y futuro.

El tiempo que vivimos en cada uno de nuestros instantes no es sólo presente, pues el pasado no se nos ofrece de manera exclusiva en actos o estados retrospectivos, ni nos dirigimos al futuro únicamente en actitudes especiales de proyecto o programa. Por otra

* Trabajo publicado en *Brain and Mind Problems*, Volumen Jubilar en Honor del Profesor Mario Gozzano, "Il Pensiero Scientifico" Publishers, Roma, 1968. Se trata de uno de los últimos escritos del eminente profesor peruano quien, a su nombre, agregó como único crédito el de Profesor Emérito de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

parte, es absurda la propensión inveterada de reducir el presente a una especie de punto temporal, porque lleva a considerar cada momento actual como carente de duración, como mero linde o nexo de lo que fué y lo que será. El propio HEIDEGGER incurre hasta cierto punto en este extremo al afirmar que "la vida se manifiesta en la unidad de futuro y pasado como presente". El tiempo efectivo tiene tanto un ahora como un antes y un después, explícitos o implícitos en la conciencia. No es verdadero devenir si le falta uno de los tres aspectos de la temporalidad. LEIBNIZ dijo una verdad definitiva con su sentencia: "*Le présent est gros de l'avenir et chargé du passé*". A esta pluralidad dentro de la unidad cualitativa del instante, comparable con los colores encerrados en el rayo de luz, denomina MIŁKOWSKI "despliegue" del devenir. Precisamente gracias a la polaridad de pasado y futuro, ínsita en cada momento presente, es factible la clara distinción de los tres momentos del tiempo. En efecto, no vivimos una superposición confusa de lo que es, lo que fué y lo que será, sino el ahora en continuidad con el antes y el después.

1) Aunque en psicología el presente puro es una abstracción, la actualidad del instante constituye fenómeno que cada persona vive con caracteres inequívocos. Ciertamente, se trata de una experiencia inefable, pero que diferenciamos con toda precisión de la del pasado y el futuro. El presente no sólo es el tiempo más positivo, consistente y pleno sino el que nos permite afirmar de la manera más directa el ser y la existencia tanto de nosotros mismos cuanto del mundo, objeto de nuestra conciencia. Tal vez por eso el ahora se vincula necesariamente con el aquí. El presente constituye el centro vivo de las situaciones; éstas son efectivas y suscitan la reacción personal esencialmente por ser actuales. Otro carácter propio del presente es su capacidad de contener otros modos del tiempo o de referirse a ellos. Ya SAN AGUSTÍN distinguía el presente de los hechos actuales, del presente relacionado con los hechos pasados y del presente dirigido al porvenir: "lo presente de las cosas pasadas es el recuerdo actual de ellas; lo presente de las cosas presentes es la actual atención dirigida a las mismas, y lo presente de las futuras es la actual expectación de ellas" (*praesens de praeteritis memoria, praesens de praesentibus contuitus, praesens de futuris expectatio*). El presente es lo actual y a la vez el centro de organización de la temporalidad; constituye algo así como el escenario activo de la evocación del pasado y de la previsión del futuro. En él se reconstituye y cobra nueva vida lo que fué actualidad original, y en él se barrunta y hasta se prefija y determina lo que acontecerá en el futuro. "La más profunda tragedia de la existencia humana - observa BERDIAEFF - reside en que el acto realizado en el instante presente nos liga para el porvenir, para toda la vida, tal vez para la eternidad. ¡Aterradora objetivación del acto consumado, que por sí mismo no tiene a la vista esta objetivación! A eso corresponde el problema del juramento de fidelidad: votos monásticos, juramento conyugal, votos pronunciados en las órdenes caballerescas o en las sociedades secretas. Es el problema del destino proyectado al porvenir".

Los límites y la complejidad del presente no se prestan a una determinación fácil. Según el contenido de la experiencia viva, el presente puede ser fugaz o constituir un lapso relativamente prolongado. Es más: pueden coexistir múltiples presentes, ya que el sujeto no vive una línea de hechos sucesivos e impenetrables, sino un horizonte complejo de referencias, más o menos relacionadas unas con otras. En el mismo instante que mantengo

una actividad de largo aliento, puedo reaccionar a una contingencia, sin perjuicio de tener pendiente mi espíritu del desarrollo de uno o más acontecimientos que me interesan. JASPERS se refiere a una perspectiva mayor cuando expresa lo siguiente: "Figuradamente, puede concebirse el instante como capaz de ampliarse desde el círculo estrecho de la realidad presente sensible hasta los círculos infinitos del presente religioso o metafísico. En ambos extremos se experimentará muy vivamente el presente, pero cuanto más amplio se traza el círculo espiritual, tanto más fuertes son las exigencias del espíritu consigo mismo - aun cuando se trate del presente más amplio - para ser actualidad y tener actualidad. Así surge una tensión entre la necesidad sensible presente de la situación y el anhelo de hacer real lo más lejano". Ocurre, pues, con el presente, *mutatis mutandis*, lo que con las situaciones, que se constelan e involucran varias de entidad y de amplitud diferentes. Sin embargo, desde el punto de vista psicológico, el presente no puede tener una amplitud tan grande como el presente gramatical.

Hay dos extremos en lo que respecta al grado de entrega del alma al instante actual. En uno están el momento indiferente, descolorido e insubstancial que vivimos como mera temporalidad transitoria, y el momento pesado y lento, que sufrimos cuando nos dominan sentimientos de malestar, desaliento, tedio, angustia, desesperación, etc., o cuando nos hallamos en situaciones de espera. En el otro extremo están aquellos instantes en que el presente es vivido con relativa pureza, con intensidad o plenitud en determinadas condiciones de entusiasmo o atención, así como en estados de abandono y despreocupación, esto último especialmente en naturalezas propensas a la vida contemplativa. El presente es el tiempo principal de la mentalidad infantil. Frente a un mundo nuevo, lleno de cualidades e incentivos, el niño fácilmente se entrega, absorto, al acaecer del instante. Pero en toda edad, la vida anímica normal ofrece un estado en que el presente se da con relativa exclusión del pasado y del futuro, aunque sin verdadera plenitud: es el de los sueños. KLAGES describe el hecho en los términos siguientes: "Soñando vivimos... cada acontecimiento que fué una vez como si fuera ahora. No sólo las cosas se yuxtaponen a medida que aparecen en sueños, sino también el espacio y el tiempo caen al plano de las simples imágenes especulares, y de esa manera pierde su eficacia el elemento de toda separación: la extensión... Lo que fué está nuevamente ahí, y lo que va a suceder, ya se realiza... No nos encontramos en el torrente del tiempo, en que para cada ahora lo que fué se aleja retrocediendo, sino en ininterrumpido presente, con un ahora de movilidad ilimitada".

El presente del abandono y el ensueño, aunque es presente casi puro, no es substancial. Presente substancial, tenso y significativo, es aquel que vivimos en los momentos de concentración y fecundidad del espíritu; en las situaciones decisivas, cuando son fuerza viva las incitaciones del pasado y destino futuro la intuición eficiente de determinadas posibilidades; en instantes en que nuestra existencia se eleva vigorosamente por encima de lo temporal y perecedero. El instante se vive como tiempo fugaz o como momento vinculado con la eternidad. La diferencia depende tanto de la índole de lo experimentado cuanto de la calidad intrínseca del sujeto, de la substancia de su ser espiritual. Sólo puede alcanzar la impresión de lo eterno quien vive el presente con profundidad y de cierta manera. El místico, el poeta, el héroe, el sabio conocen especialmente esa profundidad y esa manera.

2) El pasado no es sólo la suma de los momentos fenecidos, la sombra de los presentes que, consumados, retroceden en nuestra marcha hacia el porvenir. Tampoco es sólo lo que el olvido y el recuerdo alejan y aproximan, respectivamente, del foco de nuestra conciencia. El pasado es la substancia de nuestra duración. Comienza como "ahora" y pasa a constituir el fondo creciente de la experiencia vivida, elemento de nuestro ser personal histórico. Aunque no aparezca en la conciencia sino en mínima parte, como recuerdo, somos lo que somos y nos sentimos como nos sentimos en mérito de todo lo que fué vivido por nosotros, desde nuestro nacimiento hasta el instante actual. Lo nuevo de cada uno de los estados y actos de nuestro yo es necesariamente relativo a nuestro pasado y en parte condicionado por él. Sin duda ocurre que sentimos o nos representamos un hecho del pasado próximo o remoto en el momento presente como si fuese lo único retrospectivo que se actualiza y actúa ahora: pero en realidad el pasado entero, como una atmósfera o medio interior, contribuye a transfigurar el aspecto condicionado de nuestro devenir.

El pasado es adquisición definitiva, en cierto modo estática, pero también es virtualidad y dinamismo, algo que se anima y que nos anima. Es estático en el sentido que lo ya vivido posee una relativa inercia o rigidez: no deja de pertenecer a lo fenecido y no pierde las cualidades de la situación que le imprimió su sello. Mas a la vez, en grado variable, es contenido y disposición plástica, susceptible de adquirir nueva configuración y nuevo sentido en la estructura del momento actual. La transmutación de lo que fué en lo que es o será se opera en consonancia con la actitud íntima, a su vez condicionada por experiencias sucesivas y por la potencia original y renovadora de la vida. El contenido del pasado no sólo fué actualidad primigenia una vez: es matriz y matiz de la actualidad de cada momento de la existencia, y en ciertos casos incluso puede adquirir tardíamente una importancia para el destino del sujeto, mayor de la que tuvo cuando constituyó realidad prima de un momento presente.

Aunque el pasado jamás revive entera y exactamente, en circunstancias excepcionales cobra una actualidad tan viva, que puede decirse que se restaura y casi sustituye al presente. De una experiencia típica de este género, provocada por el olor de las flores de onagra, hace una descripción admirable el naturalista W.H. HUDSON en su libro *Idle days in Patagonia* (1893). No resistimos a la tentación de reproducirla, aunque sea muy fragmentariamente. "Cuando aproximo una flor a mi cara y aspiro su perfume, experimento una conmoción de placer penetrante y una transformación mental tan considerable que parece un milagro. Durante un espacio de tiempo tan corto que si se le pudiese medir se verificaría probablemente que no dura sino una fracción de segundo, yo no me encuentro ya en un jardín inglés tratando de evocar ese pasado desaparecido y de pensar deliberadamente en él; el tiempo y el espacio parecen anulados y el pasado se ha hecho presente. Estoy de nuevo sobre la pampa herbosa, donde acabo de dormir muy profundamente bajo las estrellas... Es el instante del despertar, y mis ojos se abren sobre la pura bóveda del cielo, enrojecida en su mitad oriental con un color tierno; y en el momento en que la naturaleza se revela así a mi vista, en el frescor, en la belleza exquisita de la mañana percibo en el aire el perfume sutil de la onagra. Las flores me rodean por todas partes sobre kilómetros, sobre leguas en esta vasta planicie, como si el viento de la mañana las hubiese arrancado de este cielo oriental para desmenuar por millones las pálidas estrellas amarillas en la superficie de las altas hierbas desecadas... Todo esto viene y pasa como un relámpago, pero la escena es precisa y la

sensación correspondiente, la toma de posesión de una sensación perdida, es maravillosamente real". "La sensación súbitamente encontrada de nuevo es para nosotros más un momento que una simple sensación: es como la materialización de un pasado irremediablemente perdido". Posteriormente Marcel PROUST ha descrito de manera no menos primorosa una serie de impresiones de esta clase en su famosa novela *A la recherche du temps perdu* (1913-1927), obra llena de profundas observaciones acerca del tiempo humano.

Sin duda con menos intensidad que HUDSON y PROUST, la mayoría de los hombres conocen momentos de esa índole. Un olor, un sabor, un movimiento, un gesto, una melodía, una frase, excepcionalmente, un paisaje o un estado de ánimo, transportan de golpe nuestro espíritu a un momento pretérito, que revivimos con todo su sabor. A veces la sensación o el estado afectivo sólo nos da una vaga impresión de determinada atmósfera interior que nos parece característica de una época dada de nuestra existencia. En algunas personas ocurre esto especialmente en el instante que la conciencia pasa de la vigilia al sueño. En la gradación que va desde este extremo hasta el del mero recuerdo, son comunes a todas las personas estados en que el pasado afluye a la conciencia. Los sentimientos de nostalgia, añoranza, duelo, piedad retrospectiva, arrepentimiento, lealtad y amor a la tradición son las formas más sobresalientes del vínculo que liga el presente con el pasado. De una manera general, en el curso de nuestra vida, aunque en parte superamos incesantemente lo ya vivido, en parte también persiste la huella y el tenor de lo que fuimos. En la profundidad del sujeto adulto, aun del menos sentimental, alienta todavía mucho del alma del joven y del niño que fué. Esto es efectivo incluso en el caso de aquellos individuos, inconsecuentes e incomprensivos consigo mismos, que reniegan de su pasado o ridiculizan su ingenuidad o sus imperfecciones de antaño. TOLSTOI ha expresado una verdad en esta sentencia: "Del niño de cinco años a mí no hay más que un paso; del recién nacido al niño de cinco años hay una distancia aterradora". Sin embargo, en esta primera época de la vida sitúan casi todos los hombres su paraíso perdido, que añoran más o menos obscuramente y cuyos hechos reales en ocasiones embellecen y abrillantan con símbolos y galas de la imaginación. Tanto en este caso como en el contrario - de aquellas personas que pasaron una infancia desdichada - la vida íntima del hombre adulto tiene en el mito de los albores de su personalidad algo así como un telón de fondo, no siempre desprovisto de influencia sobre la perspectiva actual de primer plano.

Normalmente, pasada la juventud, a medida que el hombre progresa en edad y a medida que disminuyen las expectativas de la existencia por acortarse el porvenir posible, aumentan la importancia e idealización del pasado en la experiencia viva de la temporalidad. Correlativamente, el presente se vuelve menos rico, el correr del tiempo parece más veloz y los años y las épocas, que antes se juzgaban extensos o remotos, dan la impresión de abreviarse y dejarse abarcar más fácilmente que antes. Todo hace pensar que la conciencia del tiempo se torna más y más esquemática, por la mengua de lo imprevisto, el vigor de la rutina y la monotomía de la acción, pero sobre todo por la falta de espontaneidad, falta anexa al cambio del *tempo* vital debido a la transformación del organismo, tanto menos ágil cuanto más envejecido. Tal vez ese mismo *tempo* es el que se revela en las reacciones orgánicas. Varios investigadores lo han medido en lo que respecta al proceso de la cicatrización. Lo que en esta materia ha verificado NOÛY es bastante significativo, aunque sus conclusiones no sean aceptadas universalmente: "La herida de un hombre de cincuenta años cicatriza

con una velocidad casi dos veces menor (exactamente 1,8 veces) que la herida de uno de veinte años, y en el niño de diez años cicatriza cinco veces más rápidamente que en el hombre de sesenta años". "Todo pasa pues como si el tiempo sideral transcurriera para un hombre de cincuenta años cuatro veces más rápidamente que para un niño de diez años".

3) El futuro es la fuente de la temporalidad concreta. No puede ser considerado desde el punto de vista psicológico sino como el más allá incierto hacia la cual se dirige la intencionalidad. Constituye lo contrario de lo realizado, y sin embargo compromete, acicatea y configura efectivamente la actividad anímica. Para el alma el porvenir es tan positivo como el presente, al cual no sólo continúa sino alimenta y forma, pues "tanto como lo pasado, lo venidero es condición del presente: lo que puede ser y lo que debe ser son fundamento de aquello que es" (NIETZSCHE). Si lo antes vivido da al alma el sostén de lo determinado, el camino hecho de tentativas, logros y fracasos, lo que queda por vivir, potencia intacta y promisoría, le ofrece el mundo de las posibilidades. A él van el ensueño y la determinación, las aspiraciones y los propósitos, y de él dependen la perfección y la salvación o el descenso y la ruina de la propia existencia. Por su carácter potencial, el futuro se impone a la conciencia del tiempo como umbral del devenir incierto y arcano. El futuro no es absolutamente potencial y virgen, abierto sólo a la renovación, pues el pasado y el presente lo condicionan, prefiguran e idealizan. Es excesiva, sin duda, la afirmación de PROUST de que el pasado proyecta ante nosotros "la sombra de sí mismo que llamamos porvenir"; pero contiene parte de la verdad, que NICOL ha formulado con precisión. "No hay que entender por pasado sólo lo que fuimos -escribe-. Nuestro pasado se compone de lo que fuimos; de lo que podíamos ser y no fuimos; y de lo que sabemos que no pudimos ser. Y en el presente, se articula con estos componentes del pasado nuestra opinión sobre cada uno de ellos y sobre la opinión que los demás forman de ellos y que se nos alcance conocer. De ahí formamos la idea, proyectada hacia el futuro, de lo que no podemos ser, de lo que no sabemos si podremos llegar a ser; de lo que queremos ser". En efecto, la relación del pasado con el porvenir plasma la vocación del hombre en el mundo, la orientación singular de su personalidad, cuyas expresiones concretas se desenvuelven en la continuidad de la duración.

Se refieren a lo venidero una serie de actitudes entre las cuales precisa señalar las siguientes: la previsión y cierta manera de abandono, la espera y la esperanza, el deseo y la preocupación, la libertad y el *amor fati*.

a) La previsión dispone la existencia a lo que debe o puede sobrevenir. La estructura de la vida está dirigida por la aprehensión de infinidad de regularidades del acaecer. Lo que debe suceder necesariamente es tan firme y natural como los hechos actuales; con ello se cuenta de antemano. Lo que puede sobrevivir y lo imprevisible son del dominio del azar. En la vida anímica normal es amplio el margen que concede al azar la disposición para afrontar el porvenir, pues en el mundo no todo sucede de manera regular, conforme a los encañamientos conocidos y al saber. Hasta cierto punto, el futuro es por excelencia futuro, es decir, tiempo virgen, gracias a este margen concedido a la contingencia. El abandono, que llamaremos lozano (para distinguirlo del abandono flaco), es la actitud adecuada para afrontarlo satisfactoriamente. En las personas inclinadas a tal abandono, la vida tiene el encanto y la intensidad anexos al disfrute de la novedad, la sorpresa, la aventura, el espectáculo admirable, en que los riesgos y peligros no carecen de atractivo. En cambio, en

los individuos propensos en exceso a la previsión y al racionalismo, el devenir se empobrece y marchita en una perspectiva árida y artificial.

b) Frente a lo que tiene probabilidad de suceder, el alma puede adelantarse con la espera o la esperanza. En la espera, se entrega de antemano pasivamente y con desmedro del momento actual. Con ella se produce una especie de retracción del ser del hombre, pues no permite vivir unidos o independientes el presente y el porvenir inmediato, sino "el porvenir como tal, tiende a convertirse en presente" (MINKOWSKI). La esperanza, al contrario, da vuelo a la experiencia de la temporalidad enriqueciendo al yo gracias a la exaltación del valor de lo venidero, cuyo logro a menudo es menos satisfactorio, desnudo ya del ropaje que le prestan el sentimiento y la fantasía precedentes a la realización. Tanto la fuerza promotora inherente a la expectativa cuanto el disfrute del bien con sólo vivir su posibilidad son, para quien espera, el premio anticipado y la promesa de nuevas metas. Tal sería el fundamento psicológico de la sentencia de HERACLITO: "Si no se espera no se alcanza lo inesperado". El pesimismo y el optimismo guardan estrecha relación con las actitudes de espera y esperanza, respectivamente, sin que pueda decirse cuál es condición y cuál consecuencia, y sin que sea propio descartar la vinculación de éstas con otras maneras de vivir el futuro.

c) El deseo y la preocupación, en cuanto se orientan hacia el futuro, desvían la intencionalidad del presente al porvenir eventual, haciendo depender aquél de éste. Tal dependencia se une, en el deseo, a valores positivos para el sujeto, aunque atribuidos a bienes problemáticos. La preocupación se refiere a valores negativos, anexos a problemas, dificultades y peligros. Acompañada o no de temor o angustia, siempre ensombrea la experiencia de la temporalidad. Mientras que el deseo puede constituir acicate para superar las condiciones de la vida concreta, la preocupación frustra la existencia en la incertidumbre, enfrentando el devenir con una anticipación de la muerte desprovista de arcanidad, como pura nada. HEIDEGGER ha profundizado la indagación fenomenológica y metafísica de esta actitud; desgraciadamente, su análisis del tiempo es dominado por todo lo que ve bajo la especie de esta dirección descendente de la temporalidad y la existencia. Sin salir del dominio de la psicología, podemos afirmar que la preocupación está limitada por otras disposiciones, que pueden superarla, dentro de la estructura total de la vida anímica.

d) La actitud más original y significativa frente al porvenir es la que se manifiesta en los actos absolutos de la persona, al asumir y superar con el espíritu las condiciones de su vida. En las decisiones y creaciones de la libertad y en el *amor fati*, adhesión al destino, el devenir trasciende de la mera temporalidad. Por encima de lo objetivo y de lo susceptible de objetivación, la libertad da principio a nuevas perspectivas y realización de nuestra existencia. Y dentro de las situaciones inevitables, gracias al *amor fati* logramos proseguir con plena responsabilidad propia la carrera de la vida en la vía condicionada, sufriendo sin desmedro los sacrificios propios del cumplimiento de nuestra más alta y genuina vocación.

Aparte de las actitudes indicadas, el hombre vive especialmente el tiempo venidero, a menudo encareciendo su valor, por influjo de proyectos, ideales, utopías o anhelos proféticos. Incluso la ilusión de un porvenir muy lejano, inalcanzable durante la propia

existencia, es capaz de orientar al alma hacia adelante. Si el presente es el tiempo principal de la niñez y el pasado el de la ancianidad, el futuro es el propio de la juventud. Esta tiene su mito del paraíso, no el del perdido con la infancia, sino el venidero, el que se conquista en el banquete de la vida. Pero la flor de la edad pronuncia efectivamente frutos de la madurez sólo en quien prueba ser capaz de lograrlos auténticos en la lucha heroica y desinteresada - sin sectarismo ni precipitación - en que vencen el amor y la alteza moral.

R É S U M É

L'auteur offre ses réflexions sur le theme présent, passé et futur, exposant en profondeur les définitions et les caractéristiques de ces moments de l'expérience humaine.

ZUSAMMENFASSUNG

Der V. behandelt das Thema der Vergangenheit, des Gegenwart und der Zukunft. Die Definitionen von diesen Terminen und die psychologischen Charakteristika dieser Momenten des menschlichen Lebens werden auch erörtert.